

Recensiones

MARINA, J. A.
La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez, Anagrama, Barcelona 2004.

Una nueva entrega, oportuna (previa al cénit del negocio libresco en el periodo navideño), previsible (todos los años Marina saca un libro por las mismas fechas) y cada vez de menor solidez y más reiterativa (continuamente echa mano de argumentos y apreciaciones expuestos en libros anteriores), tropezamos con esta reflexión sobre la inteligencia, o más bien sobre su reverso: la estupidez. Es indiscutible la osadía y también la necesidad de un libro dispuesto a enfocar esta cuestión de forma divulgativa, didáctica y aplicada. Pero también lo es que la obra trata de manera banal, trivial y poco metódica un asunto que es, más que solemne, trascendente, por cuanto se filtra en todas las áreas y capítulos del mundo y de las gentes. Lo inabarcable del campo de estudio que abona la estupidez humana provoca que Marina caiga en un esquematismo generalista y acromático. Por ello su verbosidad peca a veces de tópica, vaga, apresurada y apto para el masivo consumo intelectual. Es un libro poco depurado y poco refinado, ¡pudiendo haber sido tan glorioso!

Conocido es que Marina anda enzarzado desde hace más de una década en el estudio de la inteligencia.

Con Elogio y refutación del ingenio se acercó brillantemente a la esencia del pensamiento y la acción inteligentes, en lo que fue su carta de presentación y su apoteosis como filósofo. Desde entonces, y a partir de ese núcleo fundante, muchas de sus obras posteriores han ido desgranando distintas caras de la inteligencia, con desigual grado de acierto y fortuna. Así hallamos sobre la inteligencia productiva: Teoría de la inteligencia creadora; sobre la inteligencia emocional: El laberinto sentimental y el Diccionario de los sentimientos; sobre la dimensión ético-estética de la inteligencia: Ética para náufragos; sobre la inteligencia como herramienta para la felicidad política: La lucha por la dignidad, etc. Ciertamente es que ha intercalado otras obras que permanecen extramuros del monotema que vértebra su vasta y crónica preocupación acerca de la inteligencia, sin embargo bien sea como ampliación concéntrica o reverberación respecto al núcleo, bien sea como simple voluta o divertimento, Marina practica el eterno retorno a la filosofía de la inteligencia.

Por añadidura, dado que él define la filosofía como un servicio público, alejado de elucubraciones espurias o disertaciones ontológicas prescindibles, no puede extrañar que en todas sus obras busque derivaciones, moralejas o aplicaciones de provecho para la vida social, para la actividad ciudadana, para la optimización de la vida íntima, para la pedagogía de los cambios necesarios en cualquier orden, etc. Tampoco sorprende que el autor con-

fiera a sus textos un tono y una intención claramente educativas. Claro está: como profesor de instituto —de lo que presume tanto como de su vocación de horticultor—, y como figura popular —se prodiga en exceso por todos los medios de comunicación—, se ha imbuido de una misión docente continua, en la que a menudo se excede. ¿Es esto un mérito o un demérito? Tal vez eso dependa de la calidad del lector o del oyente, pero no estaría de más que se apeara de la espuma del famoseo intelectual y se aprestara a conformar obras tan sólidas como fueron las primeras. Comienza distinguiendo inteligencia fracasada e inteligencia dañada, mientras que ésta exculpa a quien la padece, aquella inculpa a quien la provoca o a quien no la evita. Separa también la inteligencia estructural (genética en su mayor parte), de la inteligencia práctica (operativa, aplicada y adquirida evolutivamente como producto de la interacción y de la adaptación). Repasa Marina las causas por las que la inteligencia puede malograrse conduciendo a la amplia diversidad de equivocaciones y desdichas que afligen al ser humano. Después de este encuadre teórico, Marina desgrana las distintas formas del fracaso intelectual: cognitivo, afectivo, interpersonal (comunicativo), o de la voluntad. Mención especial merecen los últimos capítulos dedicados al fracaso de la voluntad. Los anteriores son demasiado ramplones y obvios. Sin embargo, el misterio del hombre se plasma y se resuelve en el momento en la maquinaria computacional, digital o analógica, de su inteligencia estructural (que le sirve para pensar, elaborar, aprender, coordinar y conectar experiencias e

ideas) ha de transformarse en inteligencia ejecutiva y pergeñar acciones, decisiones y respuestas concretas. Es aquí donde la estupidez hace su epifanía esplendorosa: meteduras de pata, errores fatales, daños irreparables a uno mismo o a terceros, obcecaciones graves, etc. Aquí, más que en ningún otro lugar del libro, es posible encontrarse y reconocerse. Cualquier lector aboca forzosamente en un diagnóstico único: soy estúpido, pero todos mis semejantes también lo son. Ergo la estupidez es el achaque inevitable, la fisura del aparato de pensar y de la función compleja de vivir. La estupidez es, al cabo, diáfana en su explicación pero vitalmente inasumible y fatídica. Dependerá de la beatitud de cada uno el que la disculpe en sí mismo o en los prójimos o que la condene inmisericorde.

Teresa Sánchez Sánchez

POZO FERNÁNDEZ, María del Campo

La depuración del magisterio nacional en la ciudad de Málaga, Diputación Provincial, Málaga 2001.

En la actualidad, los estudios de depuración franquista del magisterio han proliferado considerablemente debido en gran parte a que las fuentes de investigación y de primera mano están ya disponibles como consecuencia de lo dispuesto en la ley.

Este es el caso del estudio de María del Campo Pozo Fernández, que ha publicado recientemente su memoria de licenciatura, investigación sobre la depuración del magisterio en la ciudad del Málaga.

El estudio se apoya, lógica y fundamente, en los expedientes de depuración que se conservan en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, pero no olvida otras fuentes complementarias que le permiten tanto confrontar datos como completarlos.

Antes de zambullirse en el proceso de depuración propiamente dicho, la autora tiene la deferencia de situar al lector en dos ámbitos previos que se corresponden, respectivamente, con los dos primeros capítulos: la situación socio-política de la ciudad de Málaga del momento y la legislación de referencia de la depuración republicana y nacional. Estos dos capítulos permiten comprender muy bien tanto el proceso depurador en sí mismo como las circunstancias y el alcance, aunque el segundo ya ha sido tratado rigurosamente en estudios anteriores.

En el tercer capítulo, María del Campo analiza el proceder de las comisiones de depuración de la ciudad, describiendo las características principales de cada uno de los documentos que se encuentran en los expedientes, así como los efectos que producían. Describe por tanto el proceso a partir de la apertura del expediente, pasando por los informes preceptivos, el pliego de cargos y el pliego de descargos, hasta las propuestas de resolución de los expedientes elaboradas por la Comisión Provincial Depuradora.

En el siguiente capítulo de la obra, la autora examina los resultados de la depuración, tanto en la etapa republicana de la ciudad y como en la franquista, siendo más contundentes estos últimos por corresponder a un periodo más largo y, por consiguiente, con

mayor actividad depuradora. En concreto ofrece y compara los datos relativos a las sanciones impuestas tanto por la Comisión Provincial como del Ministerio de Educación Nacional, al que caracteriza de benévolo y menos sancionador que la primera. También añade información referente al proceso de revisión de los expedientes.

Por último, en la obra se han incluido unas conclusiones breves en las que se afirma que el proceso depurador padecido por los maestros de Málaga tuvo una finalidad política preventiva y de desmantelamiento de la ideología izquierdista, pero, añade la autora que no fue tan rígido o cruel como se puede llegar a pensar.

Es de resaltar en este estudio el apéndice que adjunta al final, en el que sintetiza los datos recogidos en los expedientes de depuración y en el Boletín Oficial de la Provincia de Málaga.

Por todo ello, estamos ante un estudio de gran calidad pues ofrece un análisis riguroso, pormenorizado y objetivo de los datos ajustándose tanto a las fuentes y documentos de primera mano. Pero se acerca peligrosamente, con una similitud excesiva, a argumentos ya expuestos por otros autores en diversos estudios.

Sin embargo, aunque ofrece interesantes aportaciones, como ya se ha dicho, el estudio, a mi parecer, puede adolecer de un defecto de incompletud que llegue a desvirtuar su alcance y validez. Esto es, la autora ha optado mayoritariamente, por un planteamiento cuantitativo de los datos y, por ende, limitado en la medida en que los resultados pueden quedar desvirtuados sin un detenido análisis cualitativo de las

fuentes, que ponga sobre el tapete los entresijos de la depuración y las verdaderas causas de la misma. Sería deseable que la autora tuviera en cuenta estos aspectos metodológicos en el futuro estudio que, al parecer, ya está elaborando.

Beatriz Mayo Lorenzo

JIMÉNEZ MADRID, R.

La depuración de maestros en Murcia 1939-1942 (primeros papeles), Universidad de Murcia, Murcia, 1997.

Los estudios sobre la depuración franquista del magisterio nacional se han multiplicado en los últimos años; son ya más de 50 los que versan sobre este asunto, aunque no todos merecen la misma consideración. Quitando los trabajos de primera hora, que tomaron como base esencial el Boletín Oficial de la provincia objeto de estudio, la fuente primordial e indispensable para realizarlos han sido los expedientes de depuración, depositados, en su mayoría, en el Archivo General de la Administración Civil del Estado (Alcalá de Henares), lo cual ha propiciado un conocimiento más acertado de lo que significó la represión franquista de posguerra en la educación, a pesar de las lagunas e insuficiencias metodológicas existentes en éstos.

Pero, afortunadamente, algunos investigadores han estado atentos y han descubierto fuentes complementarias imprescindibles para el estudio del proceso *purificador* al que se vio sometida la enseñanza española, tanto pública como privada, entre 1936 y 1943 —aunque hubo expedientes

abiertos hasta la década de 1970—. Este es el caso de Ramón Jiménez Madrid, que en 1997 recuperó del olvido las actas de las 91 sesiones celebradas por la Comisión Depuradora de Murcia durante de tres años, “enterradas” en el Archivo del Instituto Alfonso X El Sabio, lugar donde la mentada Comisión se reunía para decidir sobre el futuro profesional —y social, en caso de ser estigmatizados como desafectos al *Glorioso Movimiento Nacional*— de los maestros de la provincia.

Son varios los capítulos que configuran *La depuración de maestros en Murcia 1939-1942 (primeros papeles)*. En el primero de ellos, el autor ha presentado sucintamente una panorámica sobre la educación durante el período republicano y la guerra civil, originada a consecuencia del proceso revolucionario que España sufrió a partir de las elecciones de febrero de 1936. En el segundo capítulo, ha espigado, del complejo entramado normativo que dio vida al proceso de depuración y que reguló éste, las principales referencias legales, ineludibles para conocer el porqué, el para qué y el cómo del proceso *purificador* del magisterio. Seguidamente, se aborda el estudio de la Comisión Depuradora de Murcia, consignando cuándo se constituyó ésta, quiénes fueron las personas designadas para acometer la empresa expurgatoria, qué acuerdos y desacuerdos hubo entre los componentes de aquélla, cuál fue el funcionamiento interno de ésta, cuáles fueron los principales cargos que se imputaron a los maestros, qué propuestas de resolución fueron las más comunes y qué tipo de informes llegaban a la Comisión. Los

capítulos cuarto y quinto, están dedicados, respectivamente, al estudio de los expedientes incoados a los alumnos normalistas de la provincia de Murcia y a la depuración de la enseñanza media. A continuación, Ramón Jiménez Madrid ha mostrado cómo se sufrió el proceso de depuración en la vida pública murciana, qué normas se dieron a los maestros para ser sometidos a depuración y cuáles fueron las manifestaciones realizadas por algunos periodistas, en ocasiones ajenos a la enseñanza. En el capítulo séptimo, se da a conocer cuáles fueron las sanciones efectivas que se impusieron a los maestros, para lo cual ha tomado como fuente el Boletín Oficial de la Provincia de Murcia, en el que aparecía la copia de las resoluciones de los expedientes de depuración emitidas por la Superioridad en Madrid. Y, por último, la obra cuenta con un epílogo, donde se exponen los primeros resultados de lo que fue y significó la depuración del magisterio murciano. A todo esto hay que añadir un elenco de maestros, con nombre y apellidos, depurados en la provincia, donde se ha mostrado, entre otras cosas, la población en la que ejercían, la propuesta de resolución realizada por la Comisión Depuradora y la resolución final de los expedientes, a cargo de la “Superioridad”. Y un buen apéndice documental, muestra de lo que se puede hallar en el archivo del citado Instituto.

Así pues, *La depuración de maestros en Murcia 1939-1942* es una referencia obligada para los estudiosos de la depuración franquista del magisterio nacional y la base para la elaboración de un trabajo de investigación de mayor calado, riguroso y sistemático,

que dé respuesta a los interrogantes que suscita la lectura de estos *primeros papeles*.

José Luis Hernández Huerta

GRIJELMO, Á.
El genio del idioma, Taurus, Madrid 2004.

El libro perfecto no admite recensión. Se vale por sí mismo, no necesita tarjeta de visita. ¿Qué podría decirse del Quijote que no lo dijera Cervantes? ¿Quién osaría?

Alex Grigelmo no ha escrito un libro perfecto. Éste tampoco lo es, pero roza la perfección, la espuma de la belleza. A veces. Por eso no diré nada de él que él no se diga de sí mismo con este largo párrafo, copiado directamente del primer capítulo. Hay muy buenos ratos encerrados en la lectura de este libro.

Los genios de los idiomas crecieron con nosotros como género humano. Sus embriones dieron valor a los sonidos y más tarde otorgaron belleza a los ritmos. Después se desarrollaron en fonemas, y luego en sílabas, y luego en étimos, y hasta llegaron a crear el pretérito pluscuamperfecto, que Nebrija llamaba “el más que acabado”. Pasaron por capas freáticas que les dieron la forma del latín con el barniz del griego, y antes del indoeuropeo... y antes quién sabe. Antes, Atapuerca y Altamira. Se dividieron y se subdividieron, y se enriquecieron y se ampliaron. Generaron varios genios hermanos: “genio” y “generar”, he ahí sus hilos que nos llevan a “gen” y a “generación” y a “genoma” y a “engendrar” y a “genial”, y a “inge-

niero” y a “ingenio”, y a “patógeno” y “endógeno”, y al “hidrógeno” (“que engendra agua”, eso es el hidrógeno)..., todas las palabras que toca el verbo “crear”. Así hasta definir un idioma perfecto, articulado, sonoro; aguerrido o liviano, según se necesite; una lengua universal que conserva aquel embrión originario del que nacieron las ideas. El idioma español.

El genio de nuestra lengua se ha extendido como un árbol que engrosa su tronco a la vez que se extiende en sus ramas. Unas nacen de las otras, se relacionan entre ellas por su proximidad y parentesco, y finalmente dan hojas o frutos que son la consecuencia del alimento que llegó desde las raíces: son las palabras tal como las usamos ahora. Por esas raíces entró probablemente el sonido **kur**, tal vez en un grito de alerta: **¡kur!** En su tronco se metabolizó para convertirse en **curre-re**, en “cursar”, en “correr”, para moldearse en “carrera”, ramificarse en “cursor” y “curso”, dar el fruto del “correo” que “corre” (**¡kur!**) a fin de entregar la noticia cuanto antes (**¡kur, kur!**). La misma savia primitiva circula por todas esas palabras que ahora escribimos y pronunciamos con naturalidad, seguramente la misma savia que se hallaba en las palabras que habrán mascado esas mandíbulas de Atapuerca, calladas ahora. Silentes, claro; pero aquí estamos nosotros para continuar con aquellas voces, herederos del genio que las impregna y todavía las gobierna.

Qué maravillosas conexiones las que aquel misterioso poder ha establecido entre las palabras. Sabemos identificar los cromosomas del lenguaje y

analizar su genética; y, por tanto, percibimos en nuestra inconsciencia el significado que nos dan sus familias: “frío” y “frígido”, “fuego” y “fogososo”; “semen” y “semilla” y “seminario”. También percibimos la estructura de las oraciones, los nexos que las relacionan, tocamos las rugosidades de los puntos y las comas, leemos la partitura de los acentos... El genio de la lengua lo ha organizado todo con un acierto formidable. Existen, por ejemplo, palabras con significados diversos (“significado” viene de “signo”, como “seña”, como “señuelo”, como “señal” o “señalizar”, como “signatura” o “asignar”); y así se identifican y se diferencian la “madre del río”, la “madre de uno”, la “madre del vino”; pero nunca se emplean en contextos que las confundan. A no ser que busquemos precisamente eso: el error falso que conduce a un chiste. El genio es un tipo con buen humor, y ya lo ha previsto. Igual que ha previsto la arenga y los poemas, los rezos y las blasfemias.

Existen también los modos de los verbos, el indicativo de la realidad y el subjuntivo de la conjetura. El genio del idioma español organizó las concordancias, previó la sintaxis, se valió de los sufijos... Calentó las palabras árabes para que las usemos en nuestras expresiones más cálidas, enfrió los términos griegos para que definan las ciencias, acarició las voces indígenas que fue descubriendo y las hizo suyas, dio valor a las voces más antiguas para que las sintiésemos interiores y placenteras... Aceptó injertos de otros árboles cuyos frutos caían cerca, los regó y los asimiló para que no produjeran rechazo, y así le gustaron el

“fútbol”, el “rugby”, el “tenis”, “Internet”, el “mamey”, la “yuca”, la “butaca”, el “jamón”, el olor de “jardín” (que tomó del francés), la “acequia” y la “aceituna”; incorporó también la fuerza del “huracán” y de muchas otras palabras prestadas, como las vecinas “capicúa” o “kiosco”, “peseta” y “akelarre”, “cobla” y “morriña”... Y llegó un día en que se sintió satisfecho de su obra y cambió de actitud. Entonces se mostró ya muy estricto.

Siempre fue lento, este genio. No perezoso, sino lento. Se toma su tiempo para todo. Se lo piensa, lo mira, le da la vuelta a cada término. Y se extiende poco a poco; confía en su capacidad de fascinación y no necesita de guerras. Las ha habido, claro. Y los guerreros llevaron allende los mares sus vocablos, los verbos y las preposiciones que con tanto mimo había lanzado al mundo. Eso inclinó a algunos a culparle de tropelías y crueldades, del cercenamiento de los fueros, de la dictadura de Franco y de la extensión del español en América. Pero con sus palabras se hizo la guerra como se hizo la paz.

El genio del idioma llevó unos términos allá y se trajo otros para acá, acompañando a los hombres y a las madres. Estuvo presente en todo cuanto acometieron los padres y las mujeres, pero nunca fue agente de nada. Sólo testigo. Quienes despreciaban su lentitud intentaron que se infiltrase con rapidez en otros pueblos, forzaron su ritmo y no le dejaron actuar en el terreno que más le había valido hasta entonces: la seducción. El campo de la coquetería le habría bastado para seguir creciendo, con la fuerza de la

necesidad y de la costumbre, como le había ocurrido para sustentar el negocio de las lanas castellanas, contribuir a la difusión del textil catalán o dar salida a la ganadería de Asturias y Cantabria. Porque el idioma castellano estaba destinado al encuentro de personas y de mundos. Al encuentro, no al choque. Su genio podía aceptar los intercambios siempre que se le sumaran frutos y no se le quebrasen las ramas que soportan su entramado. Siempre despacio, por supuesto; siempre listo para el mestizaje, porque sus palabras suenan propias y castizas en la boca de un guineano, de un filipino, de un maya, de un europeo... La lengua española no tiene razas como no las tiene el genoma humano, con el que quizás entronca.

Pero al genio del idioma le forzaron para extenderse; y ahora algunos le fuerzan para que corra. No lo hacen los mismos, y sin embargo la insensibilidad se parece. Qué poco conocemos al genio de la lengua: desvirtuado por algunos historiadores interesados, arrinconado por los programas educativos (o poco educativos), vadeado por los periodistas modernos (que adoran al becerro de oro construido por tantas palabras manipuladas). A veces — no muchas —, el genio ni siquiera está de acuerdo con la gramática, ni con el diccionario.

El calmo caminar del genio de la lengua nos lo presenta como perdedor en esa carrera que se le obliga a disputar contra los ordenadores, los nuevos aparatos, los descubrimientos científicos o las naves espaciales. Siempre parece llegar tarde, pero ése es su carácter. No tiene prisa porque sabe que con el tiempo todos volvemos

a él para dar con los significados profundos, identificar los cromosomas de cuanto decimos y aislar las clonaciones de tantos vocablos adosados que tapan los verdaderos sentidos geniales de nuestro vocabulario y arruinan su ADN (esos genes que podemos identificar para comprender el sentido último de las palabras) .

Nuestro genio parece un perdedor, pero al cabo se demostrará que su carrera tenía la meta más lejos. Y aún no sabemos hasta dónde piensa llegar. Su empuje crece y su territorio se agranda. Algunos le interponen cortafuegos (el “espanGLISH”, el “portuñol”) para que no avance, y le arrojan palabras contaminadas que le inoculan un virus destructivo, un pulgón depredador que provoque no sólo el desuso de la vieja cultura del español sino, sobre todo, el complejo de sentirse inferior por haberla ideado.

*Nuestro genio sabrá defenderse, y hará valer por sí mismo la riqueza de todo el pensamiento que anida en el diccionario. Sólo necesita tiempo. Porque se trata, no lo olvidemos, de un genio eterno. Por eso aún decimos “coche” o “carro” aunque no se inventaran con motores; por eso “colgamos” el teléfono, que ya no está en la pared sino sólo en la palma de la mano; por eso “tiramos” o “jalamos” de la cadena al pulsar el botón que la cisterna nos ofrece; por eso “embarcamos” en un avión y “navegamos” en la Red para buscar una “página”; por eso “corremos” en nuestro auto aunque estemos sentados en él (**¡kur, kur!**). Las palabras perduran por los siglos de los siglos, aunque nuestra vida sea ya tan distinta.*

Antonio García Madrid